

No pueden ustedes figurarse, no habiendo leído aquellas aburridoras *Cartas americanas* que D. Juan Valera publicaba hace unos años en *El Imparcial* y después ha coleccionado en un tomito muy mono que se vende en las librerías de viejo á tres perros chicos... no pueden ustedes figurarse las zalamerías y los parajismos que D. Juan hacía allí ante un libro de versos que D. Rafael Obligado, su autor, le había remitido desde Buenos Aires.

Hay que advertir que el Sr. Obligado también pertenece á la Real Academia Española, como el Sr. Oyuela, en clase de correspondiente.

«El libro de usted, decía D. Juan, agrada antes de leerle.»

«El libro de usted excitaría, además, cierta envidia en mí, si yo fuera propenso á sentir tan mala pasión.»

«Nunca hubo poeta en España que lo-
grase ó soñase siquiera *con* tener...»

¿Lograse *con* tener?...

¡D. Juan, D. Juan! Que con las glorias
se le olvidan á usted las memorias...

El verbo *soñar* se puede construir con
esa preposición *con* y sin ella. Mejor está
sin ella, á lo menos cuando el complemen-
to es, como ahí, otro verbo: mejor dicho
está «soñó tener inspiración,» que «soñó
con tener inspiración;» pero esto también
puede decirse.

Mas es el caso que el verbo *lograr* no
puede llevar nunca ese *con*, á no ser des-
pués de otro complemento, sea verbo ó sea
nombre, que es cuando puede añadirse un
ablativo instrumental; verbigracia, si ha-
blando de algún personaje político-acadé-
mico, dijéramos que «ha *logrado* altos pue-
tos *con* su audacia.»

Y como usted ha unido ahí con una con-
junción los dos verbos *lograr* y *soñar* y
pone usted después del segundo ese *con*,
resulta usted diciendo que «nunca hubo
poeta en España que *lograse con* tener tan
elegante edición de sus versos,» lo cual,
dicho sea con muchísimo respeto, me parece
que es un solemne disparate...

Y siguió D. Juan elogiando el libro de
versos del Sr. Obligado.

«El magnífico retrato de usted y los de-

más grabados y viñetas, son modelo de
buen gusto y de gracia...»

«El papel, la impresión... todo es bellí-
simo...»

—¿Y los versos?—preguntarán ustedes...

Bellísimos también, si hemos de creer á
D. Juan, cosa que yo no haré ni aconseja-
ré á ustedes ni á nadie.

D. Juan decía que al ver el libro tan pri-
mosamente impreso había tenido sus te-
mores de que todo el mérito estuviera en
la estampa; pero que luego esos temores
desaparecieron por fortuna. ¡Oh, gran for-
tuna!

«Leí los versos, decía textualmente Don
Juan, y hallé que merecen estar tan bien
impresos y tan *ricamente* adornados de
primorosas láminas.»

Vamos á ver si es verdad... Pero ya ve-
rán ustedes cómo no lo es.

Y para que no vengan luego ladrándome
de allá los gozquecillos de la contra-
crítica, ó diciendo en su lengua que critico
con mala intención ó con mala fe, y que
escojo para criticar los versos peores de ca-
da poeta, los versos descuidados que todos
los poetas tienen, cual más, cual menos, del
libro *primoroso* de D. Rafael voy á pre-
sentar á ustedes la flor y nata, los versos
mejores.

Digo, me parece que serán los mejores,

siendo los que D. Juan Valera ha copiado lleno de entusiasmo académico, para complemento y comprobación de sus alabanzas.

Después de afirmar que el Sr. Obligado posee «la facultad de reflejar *á modo de claro y mágico espejo* la naturaleza circunstante, *hermosedándola y depurándola en la imagen*» (lo cual ya no sería reflejar), y tras de añadir que el Sr. Obligado posee además «*el arte y la forma adecuada* para que esta imagen pase sin disiparse ni afearse al pasar desde la mente» de D. Rafael á las mentes de los demás académicos, digo, de los demás hombres, «hiriéndolas y penetrándolas», presentaba D. Juan esta muestra:

«Como surgiendo de *silente* abismo...»

¡Bueno!

Al primer tapón... *silente*...

La *academicidad* del autor está ya demostrada con ese epíteto, aun cuando su inspiración de poeta, su facultad de reflejar «á modo de claro y mágico espejo» y todas las demás facultades que D. Juan le atribuye, no aparezcan todavía.

Vamos á ver si las hallamos.

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El mundo *americano*
Alborozado se escuchó á sí mismo...»

En los mundos es nuevo eso; en los oradores no, porque muchos hay que se escuchan.

Pero ni escuchándose á sí mismo ni escuchando á los demás, es agradable esa asonancia de *americano*, final del verso segundo, con *alborozado*, primer hemistiquio del tercero...

Vamos adelante.

«Como surgiendo de *silente* abismo,
El mundo *americano*
Alborozado se escuchó á sí mismo;
El Plata oyó su trueno...»

¿Qué trueno ni qué ocho cuartos?...

¿No ha dicho usted que el mundo americano surgía de un abismo *silente*... ó traduciendo al castellano el revesado latinismo, de un abismo callado ó silencioso?...

¿Quién dió ese trueno que oyó el Plata?...

¿Algún banco?...

De estos truenos no ha dejado de haber por allá; pero éstos son truenos silenciosos... Se *sienten* más que se oyen...

¡Siempre nos quedaremos sin saber de qué trueno se trata!... Como si lo viera.

Porque del Plata mismo no será el trueno... Los ríos no suelen tronar... En fin, sea de quien quiera.

«El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno...»

Un verjel que tiene seno... agitado y
que le presta oído... Para lo cual necesita
tenerle... Luego también tiene oído...

Se conoce que ese verjel tucumano es
una maravilla.

«El Plata oyó su trueno;
La Pampa sus rumores,
Y el verjel tucumano,
Prestando oído á su agitado seno,
Sobre el poeta derramó sus flores...»

¿Y para derramar sus flores sobre el
poeta necesitaba el verjel prestar oído á
su propio seno... agitado?

¡Qué cosas, señor, qué cosas pasan!
Vamos, pasar, *no pasan*; pero quieren
ciertos vates y D. Juan Valera que *pasen*.
Sigamos hasta ver por entero el prodigio.

«Desde la yerba humilde
Hasta el ombú, de copa gigantea;
Desde el ave rastrera...
(Para que la asonancia siempre hiera
Del lector el oído)
Desde el ave rastrera, que no alcanza
De los cielos la altura,

(Siendo RASTRERA, ya se lo figura
Todo lector discreto,
Sin leer ese ripio tan completo)
Hasta el CHAJÁ... (¡Dios mío!... ¿qué será?
¿Acaso algún pariente
Próximo del OMBÚ?... Probablemente...)
Hasta el chajá que allí se balancea,
Y á cada nube oscura
A grito herido sus alertas lanza,
Todo tiene su acento
En su estrofa divina...»

En la estrofa divina de Echeverría, otro
argentino que escribía versos medio en
francés, y á quien parece que está dedica-
da la composición. Esto, al cabo, se entien-
de. No siempre podremos decir otro tanto.

«Todo tiene su acento
En su estrofa divina,
Pues no hay soplo, latido, movimiento
Que no traiga á sus versos el aliento
De la tierra argentina.»

Aquí es donde ya no hay modo de en-
tender lo que el Sr. Obligado quiere decir,
ni por aproximación siquiera...

No se sabe si quiere decir que el aliento
de la tierra argentina trae á los versos de
Echeverría todo soplo, latido y movimien-
to, todo cuanto en ellos hay, ó si, por el

contrario, quiere decir que todos los soplos, latidos y movimientos traen el aliento de la tierra argentina á los versos del mencionado poeta.

En una palabra, que no se sabe quién trae y á quién, ni quién y por quién es traído.

Una vez se le presentó á D. Francisco Navarro Villoslada un estudiante solicitando una plaza de redactor de *El Pensamiento Español* para ayuda de hacer su carrera de Filosofía y Letras.

Llevaba recomendación de una persona á quien Villoslada quería complacer, por lo cual comenzó á examinar al joven á ver para qué podía servirle.

Menos inmodesto, al parecer, que la generalidad de los pretendientes, que suelen servir para todo, fué contestando negativamente el estudiante á varias preguntas del ilustre periodista...

No se determinaba á escribir sueltos de fondo, porque no sabía lo que eran.

Tampoco creía poder traducir de los periódicos italianos y franceses, porque sabía muy poco francés y no sabía nada de italiano.

—Pues dígame usted á ver qué es lo que usted puede hacer para el periódico,—le dijo por fin mi excelente amigo y maestro.

—Podría traer noticias,—contestó el muchacho.

—Bueno, pues salga usted por ahí á ver si trae usted alguna noticia,—le dijo Don Francisco en su deseo de atender á la recomendación, por más que allí, en *El Pensamiento*, no se daba á las noticias principal importancia, y solían tomarse de otros periódicos.

Salió el estudiante de la redacción, que estaba en la calle de Pelayo, y volvió á poco rato contando que allí cerca, en la calle de Válgame Dios, un perro había mordido á una señora al bajarse de un coche de punto y mientras estaba pagando al cochero.

El Sr. Villoslada le mostró la mesa grande de la redacción, donde había tinteros, plumas y cuartillas, y le dijo que escribiera la noticia para enviarla á las cajas.

Al cabo de unos veinte minutos, después de haber roto cinco ó seis cuartillas á medio escribir, volvió el estudiante al gabinete del Director, presentándole otra cuartilla del todo escrita, en la que al fin había conseguido relatar el suceso.

—No está del todo mal—le dijo, entre bondadoso é irónico, el buen D. Francisco al acabar de leer;—pero queda el sentido algo confuso... Parece que el que mordió á la señora fué el cochero, y que el perro era el que se bajaba del coche: vuelva usted á ver si lo redacta de otro modo que resulte más claro.

Obedeció el estudiante; sentóse otra vez á escribir, y después de haber inutilizado otra media docena de cuartillas, unas apenas empezadas, otras ya casi concluidas, volvió á presentarse al Director con la noticia, que D. Francisco leyó atentamente.

—Todavía no está bien del todo—le dijo D. Francisco, —porque ahora parece que fué la señora la que mordió al cochero... y al perro... Dé usted otra vuelta al período ese, á ver si logra usted dejarle de modo que se entienda.

El estudiante dió la vuelta... hacia su casa, sin porfiar más, convencido de que no servía para el paso.

Y una resolución análoga debió haber tomado el vate argentino, al ver que, después de dar á sus versos dos ó tres vueltas, que de seguro se las habrá dado, resultaban todavía los soplos y los alientos mordiéndose unos á otros y todos á la sintaxis, como la señora resultaba mordiendo al perro y al cochero en la noticia del aspirante á periodista.

Una resolución análoga debió haber tomado: la resolución de echar los versos al fuego y dejar el oficio.

Pero ¡sí! ¡Cualquier día se decide un vate de éstos á dejar la lira, ó la lata, ó lo que maneje!...

Antes morir, como dijo Quintana en un verso insufrible:

«Antes morir que consentir tir...anos.»

Con que ni siquiera el Sr. Montes de Oca, *Ipandro Acaico*, y eso que como Obispo católico estaba más especialmente obligado á ser modesto y humilde, ha querido tomar éste mi buen consejo...

Por el contrario, á mi excitación de que quemara sus versos insulsos, paganos y hasta obscenos, ha respondido publicando una edición nueva.

Como diciendo: ya que no quieres caldo... tres tazas...

¡Para que se desprendan de su vanidad y de sus versos los otros vates láicos ó profanos!...

Verdad es que el referido Sr. Montes de Oca ha corregido algunos versos de los censurados por mí; pero así y todo, la nueva edición resulta muy quemable.

Mas volvamos al Sr. Obligado, que sigue refiriendo prosáica y trabajosamente los *milagros* de Echeverría, y dice:

«Una tarde sintió dentro del pecho

Esa fuerza expansiva

(¿Dinamita que llaman?... ¡voló el techo?)

Que hace parezca el horizonte estrecho...»

Que hace parezca...

¡Vamos!... ¿Le parece á usted, Sr. Vale-
ra, que eso es poesía?

Ni aun en prosa pueden pasar esos dos
verbos juntos en el mismo tiempo, número
y persona.

Ni aun en prosa emplea nadie en Espa-
ña esa construcción cursi, como no sea al-
gún escribiente de algún juzgado.

Sólo en esa literatura criminal en todos
sentidos, se puede encontrar alguna cons-
trucción así.

¡Que hace parezca!

¡Y la emplea este académico argentino
en una oda altisonante!

¡Y le aplaude otro académico español
tantísimo!...

Pero siga D. Rafael:

«¡República Argentina, madre mía!
(Con asonancia impía)
Felices ¡ah! los que tu sien miraron...
De frescos lauros coronarse un día...
(No sé cuándo sería)
Y anillo por anillo las cadenas
De la oprobiosa esclavitud trozaron...»
(Se dice destrozaron,
Ó se dice tronaron,
Ó se dice quebraron:
Cualquier cosa primero que trozaron,
Que no es verbo ni Chestes lo fundaron.)

Siga usted:

«Para aquellos heróicos corazones...»

(¡Cóscora!... ¡Qué dicciones!

¡Y qué aliteraciones!...)

Ni á propósito se puede hacer peor, Don
Rafael amigo.

«Para aquellos heróicos corazones
Era música grata,
(Ciertamente: ¡ca grata!)
Del Pacífico al Plata,
El solemne tronar de tus cañones.
Sólo á ellos fué dado
(¡A los cañones?... Si, por de contado;
Y les fué dado en prosa, ¡buen recado!)
Contemplar esa mágica belleza,
(¡Los cañones contemplan?... ¡Es proeza!)
Con que, rotas las brumas del pasado,
Se levantó tu juvenil cabeza.
(¡Se levantótu?... ¡Sin cesar tropieza!)
Sólo á ellos beber en el reguero...
(¡Los cañones beber?... No lo digiero)
De viva luz, que derramó en tu frente,
De Moreno, la mente,
(Lo que usted derramó fué muchas comas)
De San Martín el inflexible acero.»
(Y basta ya de bromas.)

Así continúa la composición que tanto
entusiasma al pobre D. Juan.

Así está toda llena de ripios, de prosaísmos, de durezas y de oscuridades.

Y de versos como éste:

«Con qué íntimo gozo.»

Que quiere ser heptasílabo y no tiene más que seis sílabas, y podía tener las siete completas sólo con que el vate hubiera sabido sustituir el *qué* por un *cuán*, en esta forma:

«Con cuán íntimo gozo
Tus hijos fuertes en su amor profundo...»

Y epíteto va y epíteto viene...
Otro verso dice:

«Que á un pueblo oprimen de otro pueblo
[en brazos.]»

¡Eche usted tela!... Parece que no se acaba nunca.

Y otro dice:

«Que la conciencia de la Patria, atada...»

¡Patriatada!... ¡Patriatada!...
¡Y pensar que de esta composición, toda llena de *patriatadas*, dice D. Juan Valera que es sublime, y en ella se funda para afir-

mar que el autor «tiene la facultad de reflejar á modo de claro y mágico espejo la naturaleza circunstante, hermoseándola!...» etc.

¡Don Juan, Don Juan! No lo imploro
Porque esa es tu obligación...
O dejas la adulación,
O te silbamos á coro.